



671 584

Sgo.

Crónica Literaria

Por ALONE

NUEVA EDICIÓN DE "NUESTRA INFERIORIDAD ECONÓMICA" DE ENCINA (UNIVERSITARIA).

Todos y cada uno de los capítulos de este libro, publicado sesenta años atrás, parecen escritos ayer con los acentos de actualidad a la vista, oyendo los discursos que escuchamos ahora.

Dicen lo que gustan los adversarios de don Francisco Encina, multiplicando pequeñas observaciones, rectificando un detalle aquí, puntualizando allá una fecha, un acontecimiento secundario, haciendo resaltar las fallas que toda obra de su magnitud presenta. Y la del historiador fue coesa.

Este solo valen, casi improvisada, basta para reconocerle su categoría de visionario con rasgos de profeta.

Agrege que innegablemente revolucionariamente en la manera entonces habitual y establecida de enfocar los grandes problemas nacionales, políticos y económicos, sociales y pedagógicos y la admiración que despertó en su época sube hasta el pútemo.

Como asimismo; ¡ay! el que provoca la persistente y porfiada riqueza de fanlos, herméticamente cerrados todavía a la realidad y, abrumados por ella, siguen discutiéndola.

Desde luego esa fábula de que "Chile es un país inmensamente rico" para calpar de su pobreza a inicuos explotadores y al abandono de tesoros naturales en manos imperialistas.

¿Cuánto no se ha dicho, dando y cavando, en ese mismo punto?

Léase, nada más, el capítulo III, pág. 34, de "Nuestra Inferioridad Económica", sobre "el territorio chileno desde el punto de vista económico".

Allí está la medida justa y el resorte profundo del problema.

La tierra, las minas, el clima, las aguas, sus posibilidades productoras forman sólo una parte de él, digamos, son el estereotipo de la representación. Nada significan ni valen si olvidamos a los actores, si prescindimos de la raza destinada a explotarlo, sus aptitudes, su talento, su energía, su espíritu de trabajo y su continuidad de conducta.

Cuando ambos factores se colocan frente a frente, una luz nueva cae sobre la cuestión fundamental y ayuda a su razonable solución.

Imaginativo y realista, su vasta cultura permite a Encina abarcarla no sólo en el ámbito chileno, de puertas adentro, sino en el panorama de las naciones civilizadas donde se inserta, de las cuales procede y que no cesan de modificar su desarrollo.

"Existen —dice— indudablemente, grandes influencias que derivan del clima, de la configuración geográfica, de la fauna, de la flora, etc., que obrando directamente sobre la manera de pensar y de sentir e indirectamente, por las selecciones que determinan en la constitución étnica, tienden en la sucesión de los siglos a imprimir un tipo común a las distintas razas que se radican en un lugar dado. Pero es tan lento este proceso, está de tal manera contrariado en las civilizaciones elevadas por las influencias psíquicas y morales, y son tan hondas y extensas las variaciones que la acción de un mismo medio experimenta al ejercerse sobre razas de distinto temperamento y carácter o a diverso grado de evolución, que sólo suministra indicaciones vagas y desprovistas de significación histórica. Regiones admirablemente adecuadas para servir de cuna a la civilización son inadecuadas para su desarrollo en los grados superiores. El clima y el suelo de Grecia obraron sobre la manera de pensar y de sentir de los helenos, delicocéfalos rubios, de muy diversa manera que sobre los braquicefalos oltos estivos que forman la base étnica de su mezclada población actual".

Chile podría ser aun más rico de lo que es, dominar tierras agrícolas más vastas y férricas, montañas más abundantes en

metales más variados, y ríos, mares, bosques y selvas más fáciles a la pesca y a la caza, dotados de árboles aún más preciosos y más sacudentes peces.

Nada de eso sirve si la gente se inclina al ocio, si ama la aventura, si la horroriza el trabajo metódico y constante, si carece del instinto de previsión y economía y la tientan las ostentaciones vanitas y el derroche.

Estas condiciones pueden amular las expectativas que la naturaleza ofrece y aun volverse factores adversos, que atañen su desarrollo y la conducen a "nuestra inferioridad económica", al competir con pueblos de distinta índole.

La base de la riqueza y prosperidad de éstos y la explicación de su dominio reside en virtudes morales y en excelencias psicológicas.

La simple descripción de las condiciones geológicas y climáticas de un país no suministra indicaciones concretas. Un buen clima y un suelo fértil apto para la producción de pan y carne, o favorecido con los elementos que engendran la fuerza motriz y con un fácil acceso a la costa son condiciones que, donde quiera que concurran, hacen posible el desarrollo de la civilización, y nada más".

Observese el concepto "nada más": es el punto crítico, la línea de que parten los engaños o un criterio equilibrado. (1).

"Para prever el crecimiento material de la civilización que se radique en semejantes condiciones —prosigue Encina— el economista, lo mismo que el sociólogo, necesita conocer qué partido puede sacar de los factores físicos la raza que puebla la comarca. Las más admirables condiciones para la actividad manufacturera son perdidas, son como si no existieran para una población todavía detenida en la etapa pastoral o en la agrícola... El olvido de esta compensación íntima, de este lazo indisoluble entre el suelo y la raza ha sido uno de los grandes escollos de la ciencia económica, un denso velo que ha impedido comprender la verdadera naturaleza de las desconcertantes peculiaridades de nuestro desarrollo material".

Hemos tocado apenas uno de los capítulos de la obra, dos páginas entre docenas y tantas y ya vemos abrirse el abanico de los grandes problemas, con la rectificación inmensa de sus soluciones.

¿Qué diríamos, qué no diríamos si a su luz procediéramos al análisis del régimen semisocialista aplicado a nuestra país desde 1938 y que, a la simple perspectiva de volverse total, un signo, el dólar, equivalente a 16.35 pesos en 1932, como presa del vértigo va no se sabe en cuántos cientos de miles de una moneda tendiente a desaparecer en la vorágine, y que arrastra con ella la agricultura, las minas, las industrias, el comercio. Toda.

Y esto, nada más, por haber olvidado "el resorte principal de la máquina", el carácter de la raza chilena, su psicología, su moral, sus costumbres, sus hábitos, la herencia del conquistador que no venía aquí a trabajar y la del autóctono que no lo había hecho nunca, uno y otro admirablemente dotados para la peña y no desdenamos de "hacer uso de la palabra".

Leamos y releamos a don Francisco Encina. Ese hombre sabía ver y prever. Puede enseñarnos mucho. Perdonémosle que se creyera un genio: evidentemente, mal que nos pare, lo era.

(1) Aquí el ojo certero de Encina apunta en el futuro al quinto Jinetes del Apocalipsis que aparecerá montado en su yegua la "Ecología" y arrasará con todos.

(2) Cabe encomiar a la Editorial Universitaria. El libro audaz de Encina no respaldó por ministerio de peritajes, amigos o partidarios para resucitar a un muerto. Los editores supieron ver que estaba vivo y bien vivo. Y lo han desenterrado.

Crónica literaria [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica literaria [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile